

Debate de Luc Ferry y François-Xavier Bellamy sobre el transhumanismo

Traducción de Jordi Corominas

Introducción¹

Luc Ferry ha publicado un libro, *La révolution transhumaniste, comment la technomédecine et l'uberisation du monde vont bouleverser nos vies*. Ed. Plon, Paris, 2016, donde distingue dos grandes corrientes en el transhumanismo: una primera que mantiene una tradición humanista que quiere perfeccionar al ser humano, y una segunda, que él preferiría llamar posthumanista, que abandona el mundo de la biología para desarrollar un proyecto cibernético, una hibridación hombre/máquina, movilizandando la robótica y la inteligencia artificial. En esta perspectiva posthumanista se trataría, mediante implantes cerebrales, de conectar al ser humano con la inteligencia artificial. Es el proyecto que propone Ray Kurzweil, en la Universidad de la Singularidad creada y financiada por Google en Silicon Valley el 2008. Se pretende crear una especie nueva, diferente de la nuestra, miles o millones de veces más inteligente y poderosa que la nuestra. Una especie cuya humanidad estaría sólo en su origen y que guardaría la memoria, las emociones, y todo lo que constituye la vida espiritual, en soportes materiales nuevos.



L. Ferry



F. X. Bellamy

En el transhumanismo se trata de hacer al ser humano más humano, en el posthumanismo que máquinas dotadas de una inteligencia artificial fuerte, es decir, capaces de conciencia y de emociones, puedan controlar a los seres humanos y tomar sus propias decisiones. Luc Ferry, muy crítico con el posthumanismo, defiende las posibles bondades del transhumanismo.

Como ejemplo de los debates que genera el transhumanismo traducimos el debate de Luc Ferry, que se define a sí mismo como humanista laico, y François-Xavier Bellamy que se define como pensador cristiano.

Jordi Corominas.

¹ Publicado en Le Figaro Magazine el 1/4/2016. <http://www.lefigaro.fr/vox/societe/2016/04/01/31003-20160401ARTFIG00212-francois-xavier-bellamyluc-ferry-mais-que-restera-t-il-des-hommes.php>

P.-¿Cómo se define el transhumanismo? ¿De dónde viene?

Luc Ferry: El transhumanismo es un producto de la tercera revolución industrial, la digital y la famosa NBIC: la nanotecnología, la biotecnología, la tecnología de la información y las ciencias cognitivas (inteligencia artificial). Se caracteriza por tres rasgos fundamentales que pueden transformar completamente nuestras vidas.

En primer lugar, la propuesta de pasar de una medicina terapéutica a una medicina de la “aumentación” a través de la ingeniería genética y la hibridación. ¿Un ejemplo? La visión puede devolverse hoy a los ciegos mediante el implante de un chip detrás de la retina. Esta posibilidad se enmarca todavía en el cuadro de la medicina terapéutica. Pero el día que este implante nos permitirá tener una visión de águila pasaremos de un cuadro terapéutico a un cuadro “aumentativo”. Podemos imaginarnos fácilmente la competencia entre ejércitos o entre las mismas familias para obtener ventajas con esta medicina aumentativa.

La segunda característica del transhumanismo es un nuevo tipo de eugenesia cuya fórmula es: “del azar a la elección”: se trata de pasar de la aleatoriedad muy desigual de la lotería genética a la elección deliberada de una mejora del ser humano a través de la ingeniería genética. Estamos lejos todavía, pero la ciencia está avanzando tan rápido que no es imposible que suceda un día.

La última característica, simbolizada por la filial biotecnológica de Google, Calico, persigue a corto plazo la prolongación de la vida humana en unos veinte años de media y como proyecto a largo plazo la lucha contra el envejecimiento y la muerte. La Universidad de Rochester ha conseguido aumentar en un 30% la vida de ratones transgénicos. Atención, sin delirios: los seres humanos no son ratones, pero el proyecto de hacer con ellos lo mismo está en marcha con una financiación colosal de Google, lo que nos debe incitar a reflexionar sobre la cuestión desde ahora.

François-Xavier Bellamy: Esta revolución no sólo altera nuestras vidas sino que transforma la idea que tenemos del hombre. Paliar una retinitis a través de un implante es devolver al hombre sus dos ojos, renovar el equilibrio natural del cuerpo humano. Injertar un tercer ojo detrás de la cabeza es totalmente diferente; de hecho, el transhumanismo se basa en una antropología de la frustración: querer “aumentar” el ser humano es considerarlo como un ser deficiente. Desde siempre, la medicina terapéutica ha querido reparar la naturaleza; el transhumanismo quiere destruirla. Desde el momento que la técnica abandona la medicina para pasar a la “aumentación”, es su desprecio por la debilidad y la fragilidad lo que ella manifiesta, y es a nosotros mismos a quienes declaramos la guerra.

Luc Ferry: La tecnomedicina y la *uberización*² del planeta altera nuestras vidas y el mundo de la tecnología nos abrume: sus avances son tan rápidos y difíciles de entender que escapan tanto a los políticos cómo a la opinión pública política. Con miles de laboratorios y procesos de toma de decisión, la tecnociencia escapa casi a todo control, y lo que regulemos en Francia no regulará nada en Corea o China. De ahí la advertencia de “bioconservadores”, como Francis Fukuyama y Michael Sandel, que hacen una llamada a anticiparnos. ¿Quién habría podido decir, hace sólo 50 años que un ordenador vencería al campeón del mundo de go³? ¿Y quién puede decir lo que serán las biotecnologías en el 2300? Su aumento exponencial nos acerca a los límites tecnológicos de la democracia, y es un problema político: no podemos prohibirlo todo o autorizarlo todo. Debemos repensar a fondo la noción de regulación y no sólo a nivel nacional.

En ética hay dos grandes tradiciones humanistas. El humanismo cristiano, que, con Santo Tomás, hace hincapié en la idea de la ley natural. El humanismo secular, el de Pico de la Mirandola y Condorcet, que define el ser humano no por sus cualidades naturales, sino, más bien, por su libertad, por su capacidad para transgredir la naturaleza de tal suerte que es capaz

² Esta expresión se usa para definir los nuevos modelos de negocios en los cuales los particulares pueden efectuar transacciones económicas vía plataformas accesibles desde aplicaciones que se encuentran en sus celulares inteligentes o en sus computadores.

³ Juego oriental con una cantidad mucho mayor de combinaciones posibles que el ajedrez.

de perfectibilidad infinita, incluyendo el plano biológico. Es a la vez fascinante y aterrador. Ya que, si la vejez y la muerte son naturales, luchar contra ellas no lo es menos: cuando el médico nos anuncia un cáncer de páncreas, de repente, somos menos críticos ante las posibilidades que el transhumanismo pretende ofrecer un día a una humanidad aumentada.

François-Xavier Bellamy: ¡No! Se espera la curación. Nada que ver con el transhumanismo. Se puede desear un cuerpo sano sin correr detrás de un cuerpo sobrehumano -y por lo mismo inhumano-. Usted menciona el humanismo de los transhumanistas, pero al rechazar que el hombre comparte una naturaleza común más bien entramos en una forma de antihumanismo. Se trata básicamente del odio humano a las limitaciones que definen su estado: la fragilidad, la vejez, la enfermedad y la muerte. Sin embargo, los últimos hallazgos de la cronobiología muestran cómo estos límites forman parte de nuestras vidas, incluso de nuestras células. Jean-Claude Ameisen describe la renovación permanente como una inscripción de lo efímero en el corazón de la vida. Esta es nuestra condición. Nosotros somos seres vivientes también por la muerte. Es bueno que la medicina luche por la vida; pero negará la vida humana cuando trate de suprimir la muerte. Cuando se reemplazarán nuestros cuerpos mortales, órgano por órgano, por piezas de máquina, ¿vamos a seguir siendo humanos? ¿Seremos realmente vivientes? Este es el desafío antropológico que la política debe enfrentar.



El peligro, en efecto, es que abramos los ojos cuando las grandes mutaciones ya se hayan hecho. El desafío de hoy es recuperar el poder sobre nuestro propio poder. Es redescubriendo el sentido de lo humano que podemos recuperar el control de nuestro destino común.

Luc Ferry: Creo que la guerra contra la naturaleza tiene una parte de legitimidad. Nada es menos natural que la civilización, la democracia, la ciencia....

François-Xavier Bellamy: Pienso, con Platón, que la guerra contra la naturaleza es desastrosa. Es en el *Gorgias* la pregunta de Calicles contra Sócrates: ¿no hace falta superar todos los límites para satisfacer nuestros deseos? Para Sócrates la guerra contra la medida que nos impone la naturaleza nos condena de hecho a la infelicidad pues abre una puja permanente: nada será nunca suficiente. Nos condena a la miseria porque abre una oferta más alta permanente: nunca nada es suficiente. He aquí entonces que somos prisioneros de nuestras

fantasías, obligados a una carrera sin fin y por lo tanto inútil aunque la llamemos “progreso”. Debemos optar por recibir y contemplar o por disolver nuestra vida en la ficción. La revuelta contra la naturaleza es una maldición que nos infligimos a nosotros mismos.

Luc Ferry: Usted es un humanista cristiano y yo me inscribo en el segundo humanismo que piensa que, a diferencia de los animales, el hombre no está atrapado en un programa natural, como la abeja que está preformada para hacer la miel, o como mi gato preformado para cazar ratones sin poderse emancipar jamás de este programa de la naturaleza. Estoy más del lado de Protágoras que de Platón en la idea de que lo mejor de lo humano consiste precisamente en liberarse de la naturaleza. ¿Está todo permitido por tanto? ¡Obviamente no! El famoso “prohibido prohibir” de 1968 es la mayor estupidez de la historia de la humanidad. El reto del humanismo secular es, precisamente, justificar la fabricación de límites específicamente humanos, no naturales. Y este es el sentido del famoso precepto republicano según el cual “mi libertad termina donde comienza la de los otros”. Parece trivial, pero es en verdad de una profundidad abismal: significa que los límites son construidos por el ser humano, por su inteligencia y libertad y no impuestos por la naturaleza o Dios. Cualquier democracia y todos los medicamentos están construidos contra la naturaleza. El virus del SIDA así como la pandemia de gripe que mató a 20 mi-

llones de personas en 1918 son naturales. La naturaleza nunca es un modelo moral. Como dijo Spinoza, en la naturaleza los grandes se comen los pequeños.

François-Xavier Bellamy: La medicina terapéutica, para hablar sólo de ella, nunca se construyó contra la naturaleza.

Luc Ferry: ¿Y los antibióticos?

François-Xavier Bellamy: En última instancia los antibióticos lo que hacen es utilizar las reacciones naturales de los vivientes.

Luc Ferry: No. La misma palabra indica que mata microbios absolutamente naturales.

François-Xavier Bellamy: Pero lo hacemos para restaurar el equilibrio natural del cuerpo, lo que llamamos salud. Si la medicina interviene es para restaurar en la naturaleza su curso ordinario. Las enfermedades son accidentes de la naturaleza.

Luc Ferry: ¿Está usted de broma? Las enfermedades, como la vejez y la muerte, son, desde el punto de vista de la totalidad de la naturaleza, perfectamente naturales y no por ello son menos catastróficas. La Naturaleza lo incluye todo, lo peor y lo mejor, por esto la educación de nuestros hijos no tiene nada de natural. Espontáneamente, nuestros hijos se ríen de las diferencias y de las discapacidades. Son egoístas y mal educados. El aprendizaje

de la cortesía es cualquier cosa menos natural porque la naturaleza es el opuesto absoluto de una norma moral.

François-Xavier Bellamy: Al contrario ... La educación podría ser definida por la máxima del clasicismo: “¡Cuánto arte para volver a la naturaleza!” La educación es el trabajo de la cultura que permite al niño cumplir con su propia naturaleza. Hay algo profundamente natural por ejemplo en la civilidad de los seres humanos: por su ejercicio aprendemos a ser auténticamente humanos y nuestra naturaleza profunda escapa de la inmediatez de las pulsiones y de la facticidad del capricho. ¿Por qué sino elegir la moral?

Luc Ferry: Usted defiende la concepción griega y tomista de la virtud como disposición natural y está en su derecho. Pero, desde mi punto de vista humanista secular es justo lo contrario: La naturaleza es ciega, injusta, sólo conoce la fuerza bruta y la virtud moral consiste no en actualizarla y seguirla, sino en luchar contra ella. Lo que es grande en el hombre es su libertad, su trabajo y esfuerzo, no la naturaleza, por desgracia. No hay ninguna razón para no querer corregirla o mejorarla a veces. Si pudiéramos aumentar veinte años la vida de mi madre, yo me apuntaría. La verdadera pregunta para mí es mucho más compleja y es ésta: ¿a qué precio? Si la ingeniería genética funciona un día puede poner en cuestión la definición misma de lo humano como ser libre, y esto es un gran peligro. Es necesario que las políticas tomen muy en serio to-

dos estos temas. No podemos cambiar parte de la raza humana sin que el resto se vea afectado. Todo mi libro aboga por una regulación que debe ser política.

François-Xavier Bellamy: El tecnicismo al que le gustaría hacernos creer que todos los problemas se pueden resolver mediante el progreso técnico es absurdo. La técnica no hace más que desplazar las dificultades. El transhumanismo es una solución si nuestros cuerpos son percibidos como un problema. Debemos, por tanto, resistir lo que Schmitt llama neutralización del mundo, la idea de que la técnica podría disolver la política en soluciones preconstruidas. Nuestros debates políticos ceden demasiado a menudo a esta facilidad pidiendo a los “expertos” que resuelvan por nosotros nuestros problemas. Las verdaderas preguntas no son técnicas. Por ejemplo, no se trata tan solo de encontrar la manera de aumentar la vida, si no de saber si realmente se quiere: esto nos concierne a todos.

Luc Ferry: La Tecnofilia es a menudo absurda y, en efecto, ingenua y peligrosa, pero todo depende del uso que hagamos de ella. ¿Vamos a enriquecer el ser humano o a empobrecerlo? Esta es la pregunta.

François-Xavier Bellamy: Cuando llevemos corazones que podamos cambiar cada cincuenta años, no habremos prolongado la vida, habremos suprimido la muerte. ¿Vamos a seguir siendo humanos? La condición para la supervivencia de la humanidad ya no será tener

hijos, por una simple razón de espacio y recursos para explotar. ¿Una vida sin generaciones, sigue siendo una vida humana? Y esta vida ¿será realmente nuestra? Es la pregunta planteada por Jorge Luis Borges en *El inmortal*: Si usted tiene delante suyo un tiempo infinito, no hay nada que sólo usted pueda hacer. El límite que marca el tiempo de la vida es también la condición de la creatividad. Arendt describe el nacimiento como la condición de cualquier novedad en el mundo.

Por último, hay una razón más para temer que la transhumanidad sea, de hecho, lo inhumano: el día en que lleguemos a eliminar la muerte surgirá la cuestión de nuestro tipo de sociedad. ¿No viviremos en una regresión a la barbarie cuando aquellos que tienen los medios “aumenten” su humanidad, dejando solo a los pobres la posibilidad de desaparecer? Con nuestro eugenismo tecnocrático que quiere eliminar los imperfectos por odio a la imperfección acabamos cediendo a una caricatura de lo que usted llamaba “naturaleza”.

Luc Ferry: Tan mala es la tecnofilia como la tecnofobia. La ley de Moore también se aplica a la nueva economía. La primera secuenciación del genoma humano costó 3 mil millones de dólares en el año 2000; ahora cuesta alrededor de 1.000. En cuanto a la victoria sobre la muerte, es pura fantasía. Siempre terminaremos muriendo, ya sea por accidente o suicidio. Vamos a seguir siendo mortales. Lo propio del hombre se enraíza según us-

ted dentro de una naturaleza fija e intangible, por lo que al mover esta naturaleza también cambia aquello que depende de ella: a saber, la moral. Es su hipótesis y la de Fukuyama. Pero si pensamos que, por el contrario, el hombre es perfectible hasta el infinito, que su libertad trasciende la naturaleza, entonces la idea de aumentar la longevidad se vuelve más alegre. Hay tantos libros para leer, tantos hombres y mujeres que amar que una esperanza de vida de 300 años me encantaría! Escucho: “¡Que horror! Nos aburrirémos”. Yo pienso que no. En absoluto. Amaremos, aprenderemos. Vamos a mejorar. Y si alguien ya tiene suficiente que deje vivir a los demás.

François-Xavier Bellamy: Tocar la especie humana concierne a todos. No podemos, por tanto, decir a los que se resisten a este nuevo mundo que se pongan a un lado. Si el proyecto es la construcción de un mundo aburrido donde la única perspectiva de salida es el suicidio o el accidente no veo dónde está el progreso que se nos vende.

Luc Ferry: Este es en todo caso un mundo de libertad. No soy ni un partidario del transhumanismo, ni partidario del suicidio, pero la utopía de la perfectibilidad infinita de los seres humanos que podrían, ¿por qué no?, convertir el mundo en un paraíso aquí y ahora, no me desagrada. ¡Estamos tan lejos tan del nivel de nuestra libertad!

François-Xavier Bellamy: La promesa del paraíso, aquí y ahora, es el camino más

seguro e inmediato al infierno. La religión, como la filosofía, sabe que el hombre nunca llega plenamente al nivel de su libertad.

Luc Ferry: Dios mío, ¿por qué los cristianos se escandalizan ante la idea de bajar un poco su ideal, el de la “muerte de la muerte”⁴, del cielo a la tierra?

François-Xavier Bellamy: La muerte de la muerte se consigue por la vida auténtica de la conciencia, no por la inerte materialidad de artificios técnicos ya muertos.

⁴ Es una tema de la teología cristiana y el título de un libro que ha provocado un gran debate en Francia: Dr. Laurent Alexander, *La mort de la mort, comment la technomédecine va bouleverser la humanité*, J. Clattés, 2011.